
Autobiografía (s)

Al fondo de la memoria de Ayala

Carolyn Richmond

Para Antonio Astorga, Juan Cruz, Ana Mendoza,
Emma Rodríguez y los demás amigos periodistas que
tanto y tan bien queráis a mi marido.

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir [...]

Jorge Manrique,
Coplas por la muerte de su padre.

Llamé al cielo y no me oyó
y pues sus puertas me cierra,
de mis pasos en la tierra
responda el cielo, y no yo.

José Zorrilla, *Don Juan Tenorio.*

La realidad, para Francisco Ayala, es la literatura, pues sólo a través de ella, según él, adquieren realidad las cosas. La literatura es vida; la vida, literatura. Muy pronto en su larga trayectoria

como escritor empezaría a borrar en su obra de expresión más personal —o sea, en su *obra de invención*— los límites genéricos convencionales, valiéndose a la vez en ella de una voz única, inconfundible, caracterizada por un amplio registro intelectual y emocional. En textos narrados, bien en tercera persona, o bien en primera (siendo esta última la más habitual), esta voz no deja de reflejar al Ayala ser humano («*Le style, c'est l'homme même*», dijo Buffon). En efecto, toda su obra narrativa, desde sus dos primeras novelas de corte tradicional, seguidas de dos pequeños volúmenes de textos vanguardistas, dos colecciones de narraciones inspiradas en lejanas o recientes usurpaciones del poder, dos colecciones de relatos donde se ironiza sobre aspectos de la condición humana, dos novelas independientes y complementarias a la vez acerca del ejercicio del poder en el mundo moderno, y una última y personalísima obra de invención, asimismo dividida en dos partes contrapuestas, cuyo contenido ha venido incrementándose a lo largo de tres décadas... toda la extensa, variada y personalísima obra narrativa de Francisco Ayala, digo, resulta ser, en su conjunto, una larga indagación acerca del sentido mismo de la vida humana: la de todo hombre y, por extensión, la del propio autor. Salvo los años que precedieron a la guerra, y los de la contienda misma, no hay en este prolongado proceso de exploración poética y personal, interrupción alguna: desde el *manantial* de aquellos lejanos juveniles tanteos narrativos, pasando por toda clase de *terreno* literario hasta llegar al amplio y profundo *estuario* final donde se funden, y se confunden, creador y creación, el curso del *río* poético-vital de Francisco Ayala, que el día tres de noviembre de 2009 desembocaría, por fin, en la *mar, que es el morir*, es dilatado y caudaloso.

No en vano saco yo a colación como metáfora aquí la del agua, pues tanto la evolución del conjunto del arte narrativo de Ayala, desde aquellas remotas novelas primerizas hasta las cuatro grandes creaciones de la extrema madurez, como la disposición y continua

metamorfosis interior de cada una de estas últimas, bien pueden calificarse de *fluidas*. Como el curso y las corrientes del río, las olas y oleadas del océano, la marea y marejada del mar, estas cuatro obras irán transformándose de continuo hasta que la muerte, con su guadaña, empiece a amenazar en serio con segarle al autor la vida, y con ella, su actividad de creador. Al celebrarse en el año 2006 su centenario, daría, pues, por clausurada Francisco Ayala su labor de escritor. Ultimado, entonces, quedó, tras sucesivas ediciones, muchas de ellas enriquecidas por material nuevo, el contenido de las cuatro obras en cuestión: *El jardín de las delicias*, *Recuerdos y olvidos (1906-2006)*, *El tiempo y yo*, o *El mundo a la espalda* y *De mis pasos en la tierra*.

El contenido, sí... mas no las ediciones. De la primera, que más adelante, en estas *Obras completas* se reproducirá en un volumen de *Narrativa completa* de Francisco Ayala, se está preparando una edición crítica; las últimas tres se encuentran reunidas juntas en este volumen II de las *Obras completas*, prologado por Luis García Montero, que, con ocasión del primer aniversario de la muerte del autor, ahora se presenta. Dentro de este nuevo contexto, en cuya preparación preliminar llegó también a colaborar el propio autor, cada texto, y cada libro, adquirirá matices nuevos suscitados por la lectura –activa, asociativa, *fluida*– a la que al lector se le invita. Constituye, pues, el contenido del presente volumen, como a su vez el de *El jardín de las delicias*, una especie de *puzzle* literario: de ahí el título que se le ha dado, *Autobiografía(s)*, en plural así como en singular, con el que se pretende desde el principio incitar al lector a una participación activa. Sólo así empezará este último a *dialogar* con su autor, confiriéndole con ello a él, una especie de *vida* nueva.

Las múltiples repeticiones y yuxtaposiciones de textos en el conjunto del volumen, y sobre todo en los últimos dos de los tres libros reproducidos ahí, invitan al lector a una lectura propia, meta-

fóricamente *musical*, donde se le brinda la oportunidad para recrear cada vez de nuevo, en su propia lectura, la(s) obra(s) en cuestión. La música en sí es fluida: no se deja capturar, ni desde luego congelar. Igual que el tiempo mismo, cuya metáfora clásica es la del reloj de arena. La estructura fluctuante del volumen trae también a la mente el perspectivismo cervantino, tan bien estudiado por el crítico Ayala, algo que utiliza con acierto el Ayala narrador al publicar dentro de contextos literarios diversos, como si de un espejo y sus múltiples reflejos se tratase, muchísimas obras suyas. Al mismo tiempo, sugiero yo, conviene tener en cuenta la influencia que pudo haber tenido en ciertas ideas de Francisco Ayala acerca del tiempo la obra de Marcel Proust, que, según cuenta nuestro autor en el capítulo de *Recuerdos y olvidos* titulado «Renuncia al ejercicio docente», leyó «por segunda o tercera vez, entera» entre 1941 y 1943, en sus viajes de tren o de autobús desde Buenos Aires a la Universidad del Litoral en Santa Fe, experiencia estética esta que me parece de suma importancia dentro de la trayectoria literaria de Ayala.

En efecto, creo no sólo que se puede ver la influencia del concepto del tiempo proustiano en futuras creaciones suyas—entre ellas, las reunidas en el volumen *Autobiografía(s)*—, sino que puede haber influido también la obra del escritor francés en la utilización por Ayala, en ciertos escritos de aquella década, de una voz en primera persona propia y personal: al año 1942 remonta la primera obra de invención redactada por él en Argentina, la recreación lírica de la muerte de su madre, «Día de duelo», incorporada tres décadas después al *El jardín de las delicias*, y en 1948 y 1949 están fechadas quince breves entradas —especie de *diario* personal—, redactadas en un presente absoluto, que sólo en el año 1978, en la primera edición de *El tiempo y yo*, llegarían a publicarse. El agua, el fluir de la conciencia, la relatividad de cada nueva perspectiva, el inexorable paso del tiempo y la presencia, cada vez más marcada,

de un inconfundible *yo*: esa «imagen única» en cuyo reflejo literario dice *reconocerse* el autor en su epílogo a *El jardín de las delicias...* En las últimas tres décadas de su vida el viejo escritor Francisco Ayala, quien a lo largo de medio siglo había ido anticipando tendencias literarias que en años recientes presumen ciertos autores más jóvenes haber ellos *inventado*, seguía firme en la cúspide de la vanguardia literaria.

Los tres libros recogidos en *Autobiografía(s)* reflejan, con importantes matices, sendas maneras de rememorar, y recrear, la vida del autor. El primero de los cuatro volúmenes que componen el libro *Recuerdos y olvidos* –título original al que, en su edición definitiva, se le agregan las fechas (1906-2006)– se publicó en 1982. Sucesivas ediciones a lo largo de casi dos décadas reflejan la manera en que, poco a poco, de modo incrementado, fue *componiéndose* el libro, así como las diversas maneras elegidas por Ayala para enfocar y presentar su propia autobiografía. En el primer volumen, donde, siguiendo un orden cronológico, narra su vida en España hasta el final de la guerra civil, el punto de vista es más bien subjetivo; en el segundo, una evocación de sus años en el exilio hasta 1956, se ofrece por medio de una perspectiva más objetiva, aunque no por ello menos personal, una serie de retratos y escenas menos interdependientes entre sí, presentados dentro de un marco geográfico al mismo tiempo que cronológico; y en el tercero, una serie de capítulos dedicados a experiencias suyas en Estados Unidos y en el extranjero, se evocan, mediante una combinación de perspectivas, unos cuantos incidentes –o bien personas– claves en las últimas décadas de su vida. El cuarto, titulado «De vuelta en casa», está compuesto de textos autobiográficos variados de fecha posterior a su regreso definitivo a España en 1976, gran parte de ellos aparecidos antes en la prensa española. A la hora de integrarlos en el libro, cada uno de estos textos va precedido de un breve comentario que de alguna manera lo contextualiza: son escritos que llegan a comple-

mentar y realzar, de diversas maneras, el material de los volúmenes anteriores.

El segundo libro, *El tiempo y yo, o El mundo a la espalda*, a cuya primera edición (de 1978) ya se ha aludido, será aumentado en la –ya definitiva– de 1992 por escritos nuevos introducidos entre los originales por su autor, quien se había descrito al final de la «Introducción» de la primera edición como «testigo alerta de su tiempo» (palabras estas, por cierto, grabadas en una placa conmemorativa recién instalada en la fachada del edificio de la calle Defensa donde a comienzos de los años cuarenta vivió el autor en Buenos Aires). Muchos de los textos de *El tiempo y yo* –no todos– son originalmente de procedencia periodística. Son de géneros diversos: las antes referidas páginas de un diario personal; artículos críticos, satíricos o serios; rememoraciones; hasta obras de ficción. Lo que los une, junto con el paso del tiempo, es precisamente el *yo* de Francisco Ayala.

El tercer libro –y tercera aproximación al tema del *yo* dentro del fluir del tiempo–, titulado *De mis pasos en la tierra*, también tuvo dos versiones diferentes: la primera fechada en 1996, la segunda y definitiva –más amplia– en 1998. Compuesto de escritos muchos de ellos recogidos anteriormente en otros libros de Ayala, resulta ser, quizá, el más intensamente personal de los tres libros reproducidos en *Autobiografía(s)*, pues en él se recogen, y se entremezclan, textos de géneros diversos, asaz tardíos todos, procedentes de *El jardín de las delicias*, *Recuerdos y olvidos* y *El tiempo y yo*, y dispuestos según un orden ahora *metafóricamente* cronológico. Resulta ser, en el fondo, un libro hondamente lírico: una especie de despedida literaria de la vida por parte del autor. La incorporación de piezas que pertenecen a la segunda parte de *El jardín de las delicias*, «Días felices», nos remite una vez más, tanto a aquella antes aludida imprecisión, o *fluidez*, genérica, como a la estrecha identificación entre vida y literatura tan característica de la obra de Ayala.

Dentro del tiempo de nunca acabar, la eterna sucesión de vidas humanas, todas ellas finitas, mortales (*nuestras vidas son los ríos*), que *van a dar en la mar*: una *mar* que, además de ser, metafóricamente, *el morir*, a la vez resulta ser también, en ciertos casos, la *inmortalidad*... Lo anticipó todo el elegíaco «Diálogo de los muertos» (1939), la primera obra de invención de Francisco Ayala después de la guerra civil. Redactado de un tirón en París, donde se había parado antes de emprender con su familia el largo viaje al exilio en Buenos Aires, es un escrito en que el agua –la humedad de la tierra tras días y días de lluvias; los ríos que, como «las estaciones del año», como la vida misma, «seguirán su curso»; el «rumor de oculta acequia» que se evoca al final– desempeña un papel fundamental, pues anticipa ya, simbólicamente, la España profunda de un futuro próximo, incierto y amargado: no la que antes de la guerra había conocido el autor, desaparecida para siempre ya, sino la que había quedado, hundida y estancada, en la más honda miseria.

Antes, así como después, de la contienda contempló y navegó Ayala, no sólo ríos, sino mares y océanos, según rememora a la edad de ochenta y ocho años en un texto central de *De mis pasos en la tierra*, que separa en el libro el material anterior, correspondiente a su vida en España hasta finales de la guerra civil, del que corresponde a la época posterior: el «*mezzo del cammin de nostra vita*» de Ayala, según él, en adelante. Titulado «Del Genil al Río de la Plata», es una evocación lírica, bellísima, de los numerosos ríos y mares que había conocido a lo largo de su vida: evocación en que desempeña un papel fundamental, tanto simbólico como real, el «río» calificado por su amigo Eduardo Mallea de «inmóvil» –el Río de la Plata–, o sea, un río-mar, a donde volvería el autor, tanto en la realidad como en su imaginación, repetidas veces. Pasando por la mitológica isla del amor, nos conduce finalmente, mediante un fluido proceso asociativo, al río del olvido: «¿No será –pregunta

Francisco Ayala al final— que la secreta huella de horas y días únicos de entrega a un dulce olvido en aquella Citérea se reanime queriendo anunciar ahora en mi espíritu la inminente entrada al Leteo?»

Otra meditación, más (auto)analítica que lírica, acerca del paso del tiempo y la vida del autor se basa, precisamente, en la antes citada, e igualmente clásica, metáfora de la vida como viaje, o bien como un camino que se forja uno. Titulado «El viaje como metáfora de la vida», y fechado —en *El tiempo y yo*, donde primero se publicó en volumen— «Madrid, verano de 1991» (en efecto, una época de descanso y paz en su vida), el texto, con numerosas alusiones literarias, se reproduce, «a la manera de introducción», en la primera edición de *De mis pasos en la tierra*. Anticipa el resto del contenido del libro al ofrecer un breve resumen de la biografía del autor, recreada por éste, como una «distracción» en su «reposo estival»: «un *voyage autour de ma chambre*», viaje que demuestra, una vez más, el hecho de que sólo a través de la literatura adquieren realidad las cosas.

Para cerrar ahora el círculo, sólo quisiera recordar aquí, en conclusión, que muchas veces en nuestros más de treinta años de convivencia me he detenido al lado de Francisco Ayala a contemplar el agua, o bien he viajado con él en barcos grandes o pequeños. Nos hemos paseado al borde de los dos anchos ríos neoyorquinos, o bien de los dos angostos granadinos; hemos contemplado juntos el *inmóvil* Río de la Plata; hemos admirado el Támesis; hemos deambulado, mano en mano, por las riberas del río Sena... Pero cuando más feliz lo he visto yo ha sido en aquellas ocasiones en que hemos viajado juntos en barco: por el Danubio desde Budapest a Viena, cuando estaba exaltado como un niño pequeño; por el Nilo en crucero, o el alto Nilo en faluca; entre las islas e islotes de Estocolmo en un barco para turistas... En momentos como éstos, *viajando* no ya *autour de sa chambre*, sino sentado en una nave

que le llevaba por el agua, quedaba siempre mi marido embelesado, extasiado... *transportado*.

Recuerdos y olvidos, El tiempo y yo, De mis pasos en la tierra... De éstos sólo puedo responder ahora yo. Hasta verte, Francisco, y adiós.

C. R.

(Este texto se leyó en la presentación a la prensa de *Autobiografía (I)*, volumen II de las Obras Completas de Francisco Ayala, en curso de publicación por Galaxia Guttenberg. El acto se celebró en la sede del Círculo de Lectores el 2 de noviembre de 2010, un año después del fallecimiento de Ayala, ocurrido el 3 de noviembre de 2009. En él participaron Joan Tarrida, director de Galaxia Guttenberg, Luis García Montero, autor del prólogo, el editor Antoni Munné, el secretario de la Fundación Francisco Ayala, Rafael Juárez, y yo misma. C.R.)

